



El general Alexander M. Haig, nuevo jefe de personal de la Casa Blanca.

a ello: se ha amputado del «grupo germánico» —los asesores más directamente comprometidos, varios de ellos de origen alemán—; el nombramiento del general Haig, que es una figura simpática —fue el Kissinger durante las últimas negociaciones indochinas—, porque está relacionada con la paz y porque tiene fama de honesto; las confesiones, las lágrimas... Pero no ha podido evitar la creación —por el Senado— de un Tribunal especial, ajeno al Departamento de Justicia, incluso al Supremo. Este Tribunal, ¿puede descubrir la implicación directa de Nixon, que ya comienza a ser acusado por sus colaboradores —por los que comienzan a protestar de ser los chivos emisarios en este asunto—? ¿La complicidad del FBI, si no en el espionaje directo, en la destrucción de documentos y la no investigación de culpabilidades? ¿El empleo de fondos públicos para el espionaje de la oposición? Recordemos por un momento la creación de la Comisión Warren para investigar el asesinato de Kennedy, y la falta de capacidad para encontrar la última verdad, a pesar de su informe. No para encontrarla: para publicarla. La comisión, presidida por uno de los hombres más honestos de la justicia americana, tuvo primordialmente en cuenta lo que consideró intereses nacionales. Una vez más, el sistema. No sería extraño que este nuevo Tribunal vuelva a considerar necesaria la defensa del sistema, y excluya cualquier responsabilidad del Presidente y de la Presidencia. Sería absolutamente lógico. El sistema, precisamente, consiste en eso. E incluso los que le atacan no están demasiado decididos a que cambie. McGovern, que se declaraba continuamente dentro del sistema, pretendía realizar en él cambios decisivos. No fue elegido.

ALGO temible es lo que pueda suceder ahora como cortina de humo. Dicen ya que la Carta del Atlántico, que tan poco gusta a Europa, es un medio de distraer la atención. Probablemente no: la Carta del Atlántico es un documento nixoniano, impregnado de su estilo, que tiende a crear un nuevo instrumento de dominación. Dicen que puede volver la guerra de Indochina a sus peores momentos, a bombardeos «especiales»; o que pueda producirse un conflicto grave en cualquier lugar del mundo, siempre con la intención de hacer olvidar Watergate. Hay mucha gente en Estados Unidos con deseos de que se olvide Watergate, y, sin duda, se olvidará. El sistema va a ganar esta partida. Se reflejará en las elecciones legislativas de «medio término» y en las presidenciales de 1976, y costará graves pérdidas a los demócratas. Para Nixon en sí no hay problema directo: de todas maneras su etapa presidencial estaba terminada, y los datos de Watergate irán a sumarse, finalmente, a su verdadera biografía. Y Watergate será un nombre a recordar el día que los demócratas aparezcan envueltos en un escándalo igual, o quizá mayor. ¿Por qué no? Todo es posible dentro del sistema, y el sistema lo están, naturalmente, defendiendo todos.

LOS DATOS DEL ESCANDALO

El 17 de junio de 1972 fueron descubiertos cinco ladrones en el inmueble Watergate, de Washington, donde el partido demócrata había establecido la oficina principal de su campaña para las elecciones presidenciales. Tenían material electrónico de escucha y espionaje. Uno de ellos, llamado James McCord, que había sido agente de la CIA y del FBI, declaró que estaba en conexión con importantes funcionarios de la presidencia. Otros tres eran refugiados cubanos. Dos días después, el antiguo ministro de Justicia, Mitchell, director de la campaña electoral de Nixon, negaría todo. El 22 de junio, el jefe de prensa de la Casa Blanca, Ziegler, desmintió las acusaciones: nadie en la presidencia tenía relación con el asunto. El 28 de junio, Gordon Liddy es expulsado del comi-

abrían una minuciosa investigación sobre el caso Watergate. Al día siguiente, Nixon anunció que nadie en la Casa Blanca ni en la Administración estaba mezclado en este bizarro incidente, y que encargaba una investigación personal al asesor jurídico de la presidencia, John Dean. El 31 de agosto se reveló que Liddy y Hunt, separados de sus trabajos el 28 de junio, estaban presentes en Watergate la noche del escape. Hunt había sido también agente de la CIA (y autor de novelas policíacas) antes de ser ayudante de Nixon. El 13 de septiembre se reveló que la operación Watergate había sido financiada por los fondos electorales manejados por Stans, antiguo ministro de Comercio, tesorero de la campaña de Nixon. El 15 de septiembre aparecen informaciones mez-



El edificio Watergate, en Washington, donde tuvo lugar la ya famosa operación de espionaje.

te de reelección de Nixon, y Howard Hunt de la Casa Blanca; los detenidos en Watergate han mencionado sus nombres. Pero se niegan a declarar ante el FBI. El 1 de julio, Mitchell abandona la dirección de la campaña de Nixon. El 28 de agosto, el ministro de Justicia, Kleindienst, anunció que su departamento y el FBI

clando a Liddy y a Hunt con el asalto de los archivos del psiquiatra Ellsberg, en busca de material relacionado con otro asunto, el de los «Papeles del Pentágono», o «documentos McNamara», acerca de la guerra en Vietnam. El 20, la prensa explica que la comisión

PASA A LA PAGINA 8 →

LOS DATOS DEL ESCANDALO

de reelección de Nixon ha destruido numerosos documentos antes de que caigan en manos del FBI. El 5 de octubre, Alfred Baldwin, también antiguo agente del FBI, confiesa que ha trabajado en el espionaje de Watergate y que ha registrado numerosas conversaciones telefónicas. En octubre, el "Washington Post" revela que el agente Donald Sebrettim, también del FBI, estaba en relación con una ayudante personal de Nixon, Dwight Chapin; que un consejero personal de Nixon, Halderman, manejaba fondos secretos de la Casa Blanca, y que un cheque de 25.000 dólares había viajado a México y desde allí había vuelto a entrar en Estados Unidos para financiar las operaciones no sólo de espionaje, sino de sabotaje de la campaña demócrata, y, especialmente contra McGovern; que Hunt y Liddy habían instalado micrófonos no solamente en Watergate, sino en los teléfonos de periodistas y funcionarios de la Casa Blanca para averiguar de dónde salían las informaciones. El comité de reelección de Nixon hizo una declaración diciendo que todas estas informaciones eran "una colección de mentiras absurdas": en el mismo sentido se pronunció el jefe de prensa de la Casa Blanca. El 22 de noviembre se celebraron las elecciones, y Nixon salió triunfante. El 8 de enero comenzó el interrogatorio de los siete de Watergate. El 7 de febrero, el Senado decidió la formación de una comisión especial de investigación, presidida por el senador Sam Ervin, demócrata, de setenta y seis años. Mientras tanto, Nixon hace público el informe de su consejero jurídico,

John Dean: nadie en la Administración, nadie en la Casa Blanca estaba al corriente de esta operación. Sin embargo, a partir del 23 de marzo comienzan a escucharse nuevas revelaciones: el juez que iba a pronunciar sentencia en el caso Watergate recibió una carta del detenido McCord anunciando que le habían pagado para que callase, pero que la operación le había sido ordenada "por sus superiores", y que varios testigos del proceso habían cometido perjurio; uno de estos superiores era el propio John Dean; otro, Jeb Magruder, adjunto de Mitchell en el comité de reelección. Nixon anunció que estos funcionarios seguían mereciéndole plena confianza. El 19 de abril, el ministro de Justicia, Kleindienst, anunció que se retiraba de la investigación por su relación personal con algunos de los acusados. El 20 de abril, Mitchell, antiguo ministro de Justicia, vuelve atrás de todas sus declaraciones para decir que había sido puesto al corriente de la operación que se planeaba, pero que se había negado a favorecerla. El 26 de abril, Magruder dimite de sus cargos —en la Casa Blanca y en el Ministerio de Comercio— y declara que John Dean había mentado totalmente en su informe, y que estaba personalmente implicado en el caso. Ante estas acusaciones, Dean pidió a Nixon que le amparase con la inmunidad de la Casa Blanca y evitase que tuviera que declarar. Nixon no pudo hacerlo, y Dean comenzó a hacer nuevas acusaciones: complicó a Halderman y a John Ahlich, consejeros personales de Nixon, y acusó a Mitchell

de haber planeado la operación Watergate. Dean anunció que poseía documentos que había conseguido sacar de la Casa Blanca, dijo que su vida estaba en peligro y acusó personalmente a Nixon. El 27 de abril dimitió el director interino del FBI, Patrick Gray, y comenzó a hacer revelaciones acerca de los documentos secretos que había destruido su servicio por orden de la Casa Blanca. Citó unos documentos secretos acerca de John y de Edward Kennedy. El 30 de abril, Nixon anunció la separación del servicio de la Casa Blanca de Ehlichman, Halderman, Dean, Strachan —ayudante de Halderman—; la sustitución del ministro de Justicia, Kleindienst (por Richardson). Es el discurso del llanto. Admitió su responsabilidad indirecta y prometió que en los días que le quedan de mandato construirá una América feliz. Poco después, aparecieron los nombramientos del nuevo personal. El general Haig, segundo jefe de Estado Mayor del Ejército, se hacía cargo de todos los servicios de la Casa Blanca. La dirección interina del FBI se ha confiado a Ruskelhaus, quien ha puesto una guardia permanente de agentes en la Casa Blanca para evitar la desaparición de nuevos documentos. Estos no son más que los datos esenciales del asunto, que parece enormemente enrevesado, y que a cada nueva investigación ofrece más ramificaciones. A pesar de las comisiones especiales del Congreso, de Justicia, del FBI, de la Casa Blanca..., la mayor parte de los detalles han sido revelados por los periodistas, especialmente por el "Washington Post". ■ J. A.

PSICOANÁLISIS EN LOS PAISES DEL ESTE

Los países del Este entreabren sus puertas al psicoanálisis. Se trata de una revolución, aunque tímida, como muestran los trabajos del primer simposio de psicoterapia, celebrado en un país socialista. Praga acogió el mes pasado a especialistas de la URSS, Bulgaria, Hungría, Polonia, la República Democrática Alemana, Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia. Todos los participantes en el simposio se mostraron de acuerdo respecto a la necesidad de fomentar la psicoterapia en general: incluso en el campo socialista, la revolución tecnológica ha "modificado las estructuras patológicas, lo cual ha provocado un aumento de los trastornos psicofuncionales". Ahora bien, sólo Hungría y Yugoslavia se han enfrentado al psicoanálisis clásico. Y sin embargo, el ruso es uno de los primeros idiomas a los que fue traducida la obra de Freud: lo fue antes de la guerra del 14. Hasta los años 30 podían encontrarse publicaciones psicoanalíticas en las librerías soviéticas. Desde entonces, nada. El primer intento de liberalización en este sector tuvo lugar hace unos meses, con motivo de la traducción de un libro sobre la hipnosis, escrito por un psicoanalista francés, el doctor L. Chertok. Un preface subraya la postura "inusual" para el lector soviético del autor, ya que, en lugar de referirse exclusivamente a los trabajos de Pavlov, Chertok ofrece una explicación psicoanalítica de la hipnosis con la teoría de la transferencia y la contra-transferencia. En el prólogo se invita al lector a mostrarse "crítico frente a la postura del autor" y a buscar el "germen racional", oculto en dicha postura a fin de evitar una "excesiva simplificación del problema de la relación". La edición, de 25.000 ejemplares, se agotó en sólo tres días.

